

# Relatos de neurosis

P. Winchester



RELATOS DE NEUROSIS

P. WINCHESTER

# Capítulo 1

## A puertas adentro

Había empezado como una simple tontería, nada que otra persona no sentiría en el mismo lugar. Y es que, de a poco, la situación a nivel general se había ido complicando cada día más. No era que no se hubiese dado cuenta la gente, porque... ¿cómo no darse cuenta? Si de un momento al otro habían tomado las calles. Habían logrado cambiar cada pequeño hábito, cada uno de los espacios gloriosos que tanto acostumbrábamos a saborear en nuestra tan cotidiana rutina. Pero no había mucho de qué preocuparse, más que de perder la vida misma. Más allá de eso, y resentimientos de por medio, las personas se habían acostumbrado a vivir de tal forma. Bastaba seguir unos ciertos pasos — aunque el resultado efectivo era convertirlos en usanza —, y de esta forma podían evitarse males mayores.

Como sucede en cualquier gran ciudad, el gentío dejaba de recordar cómo era vivir con libertad. Se evitaban los bolsos y las carteras, no se andaba por ahí hablando por celular y, en el caso de lo posible, se reducía el efectivo en el indispensable para una taza de café o en las monedas necesarias para el viaje en bus. Y la vida se reanudaba, esquivando gendarmes como si se corriera por dentro de favelas, evitando cruzar miradas con delincuentes de gran porte como en calles dominadas por carteles de Medellín.

Parecía sencillo para el ciudadano promedio, no así para la señora Almendra Monteagudo. Nuestra señora era demasiado joven para internarse en un geriátrico, demasiado adulta para cambiar de hábitos a esta altura del partido. Es que hay momentos en la carrera del destino que, no importa cuánto uno se esfuerce, siempre se termina llegando a lo mismo. Y después, cuando uno quiere acordarse, ya no hay remedio. Quedamos condenados a repetir, en un vicio sabroso y adictivo; a perpetuar las mismas decisiones, las mismas acciones. Esa fue, en resumida explicación, como nuestra señora tomó la determinación de no salir más. Tenía miedo. Sí, mucho miedo. El miedo que aterriza, el de las madrugadas que imaginábamos — en una aproximación estimada — cuantos monstruos entraban debajo de nuestra cama. El del delantal blanco colgado en la puerta de ropero, a los pies de la cama. Ese delantal que parecía de un color abominable a la luz de la luna, describiendo formas impensables, cobrando vida en siluetas horribles.

Más allá de todo eso, Almendra era feliz. O se había resignado a serlo. No podemos decir que lo había intentado, porque de ninguna forma lo había intentado. En épocas, cuando a su familia todavía le preocupaba, se le había suplicado ver a un especialista. Incluso nietos de por medio. Pero

nada había funcionado. Y lentamente, con la mirada para abajo y, como quien dice; silbando bajito, las cosas había retomado su curso.

Alberto, el hijo mayor, la visitaba los martes por la tarde y las mañanas, de por medio, de los sábados. Era el encargado de traer los mandados. Tres leches, la bolsa de papas, la de cebollas, un pollo entero y seis paquetes de galletitas surtido. Quizá en alguna que otra ocasión, si se esperaban visitas, la lista variaba.

Los jueves por la noche aparecía Esteban con la señora. Se hacía un asadito y, bailando de júbilo en su cabeza, Almendra disfrutaba de sus tres nietos. También era la noche de contrabando, donde Esteban le traía un vermouth, quesos y chocolates.

El desfile de visitas llegaba a su esplendor los últimos días de cada mes, cuando la tía Cora, anciana dos veces más grande que Almendra, se quedaba en la ciudad. La casa en esos días se transformaba en todo lo que nadie podía lograr. Incluso, nuestra señora, podía asomar su naricita por el frente de la casa. No sin arrugarla como una pasa de uva, quejarse bien bajito, volver para el fondo donde también había sol y sentirse más segura. Si, en el fondo era más seguro. No había que pensar, ni mirar de lado a lado. Bastaba acomodar la reposera para que no titilara como mesa de pata impar, y listo. A descansar.

Almendra había trabajado veintidós años como enfermera antes de que su madre contrajera el cáncer. Si, contrajera. Porque no hubo caso en hacerle entender a una vieja polaca que había pasado casi toda su vida en el país sin intentar siquiera aprender el idioma, que el cáncer no era algo que se contrajera, simplemente se heredaba o se tenía y ya. Almendra, para ese entonces joven madre de dos varones atípicamente disciplinados, se vio obligada a abandonarlo todo y dedicarse a cuidarla. Ese había sido el principio de todo lo demás. Años más tarde, la agonía de su madre llegó a extenderse tanto en el tiempo que la misma enferma rogaba por su muerte.

Para la ceremonia final, organizada con la más prudente discreción, se decidió utilizar la habitación del fondo. La próxima a fenecer así lo había dispuesto. Quería el sol de las tres de la tarde, el que golpeaba las hojas del árbol de magnolias del vecino que colindaba con el patio trasero. Le gustaban las formas como olas que se formaban sobre la cómoda veneciana que estaba bien enfrente de la cama. Y, de ratos, la oleada de flor entraba por la ventana como si "la mismísima virgencita se sentara acá a mis pies". Algo que a Almendra le resultaba macabro, puesto que estaba a punto de practicar la eutanasia a su madre. No necesitaba de testigos divinos para cargarle más peso a su conciencia, con sus pensamientos propios bastaba.

Ahora, tiempo después, ese olor a grandifloras la envolvía en un melancólico estupor cada época festiva, a finales de año; recordando su culpa, su gran culpa. "Déjate de aventuras, mente loca y aturdida"; le

gustaba decirle la tía Cora recitando alguna poesía. Y encendía su cigarro, se comía parte de los labios y seguía. Ella seguía, Almendra tan joven y esa vieja igual seguía. Es que la edad te hace inimputable, pensaba Almendra, con la ilusión de que llegue ese día para ella.

A todos les llega. Antes o después, en mayor o menor medida, según la vida de mierda que se haya tenido. A Almendra le llegó más pronto que tarde. Le llegó exactamente el último fin de semana del mes de enero, precisamente después de haber despedido a tía Cora. Alberto la había venido a buscar y se había quedado buen rato charlando en la puerta. O en el auto, o en la esquina. Almendra no recuerda, porque ella no salió a la puerta. Ella no salía. Ni siquiera se aseguró si se habían ido. Se fue rápido al fondo porque empezaba la novela de las nueve. Se olvidó que era domingo, que no la daban los domingos. Se enojó un poco, y al rato se acordó de las reuniones del otro día. Y organizo, mentalmente. Los lunes eran para Don Romero, días de insulina. Anoto: "Pedirle a María del dispensario más insulina". Almendra disfrutaba siendo la enfermera de la cuadra, donde cada viejo hipocóndrico cada dos por tres venía.

Nuestra señora lo notó enseguida. El meloso viento caluroso. Entrando por la ventana, pegándosele en el cuerpo, transpirado. Y entre oleadas, una brisa penetrante, azucarada, un aire de magnolia en flor. Noto también, como el insecto se posaba en su hombro, el instante que la tela perforó, el ardor que penetraba, el zumbido de victoria mientras se escapaba. "Maldita avispa", pensó. Y recordó al otro día retirar el bebedero de picaflores. "Solo atrae a esas alimañas, Almendra saca eso de una vez", había sido el saludo de tía Cora horas antes.

Lo que Almendra no notó, ensimismada en el dolor de esa maldita alimaña, fue la sombra a sus espaldas, atravesando la ventana. Irrumpiendo en su morada, sin ser invitada. Y junto con su sombra, entró su propietario.

No se puede evitar vivir lo que nos está predestinado. Ni evitar que la desgracia entre por la puerta de entrada. O la ventana, en el caso de serle más conveniente. Para nuestra señora, la desgracia se había personificado en prendas de verano, empuñando una pistola entre sus manos. La desgracia tenía dieciséis años y delinquía desde hacía seis.

La desgracia la miro con su carita desafortunada, le clavó un puñetazo bien puesto y la arrastró del pelo por el suelo de la cocina, en dirección a la galería que unía las demás habitaciones de la casa. Nuestra señora sintió una gran desolación al encontrarse inmersa en esa infernal situación, que para ella duró lo que le pareció una eternidad. Sumergida en esa conmoción surrealista que suelen experimentar las personas cuando se encuentran de repente zambullidas en esas sacudidas de la vida, cuando desconocemos que de un momento a otro algo cambiara para siempre el

transcurso de nuestra rutina.

La desgracia estaba enojada porque no podía pagar sus cuentas, y cada día era más duro llegar a fin de mes. Porque el patrón lo había echado, porque la obra había parado. La desgracia no podía aguantar volver a casa con las manos vacías. La desgracia tenía cara de desgracia, respiraba lamento, lloraba por dentro. La desgracia era una desgracia humana. Se reproducía como los humanos, y su descendencia se alimentaba, al igual que ellos. Pero esta desgracia no era hereje. No tenía la altura necesaria para comerse al mundo. Era el mundo quien se lo comía, lo masticaba y lo escupía ahí donde va a parar el desecho.

Así que esta desgracia de dieciséis años tuvo que tomar coraje, envalentonarse para salvarse, y salvar a los suyos en el camino.

No le fue sencillo. Le requirió un plan finamente medido. Pero eso a Almendra muy poco le importaba. O, al menos, no podremos saberlo ya que ella lo desconocía por completo.

Por esas desviaciones del destino, esas que obran más allá del bien y el mal, mas allá de lo posible e imposible; su plan estaba muy lejano de superar el fracaso.

La desgracia, ensimismada, tampoco noto cuando paso lo que sello su destino. No se percató que lo habían picado. Solo atinó a dar el manotazo irritado con aquello que lo había picado a sus espaldas.

Almendra le vio tornar su piel de un vital canela a un traslucido grisáceo, mirada desviada y en pánico, soltando la pistola; inofensivo. Ella sabía que no la necesitaba, así que la dejó donde estaba. A esas cosas las carga el diablo, pensó. Ella sabía lo que iba a pasar. No hacía falta defenderse. El tiempo obraría de la manera más severa. En lugar de esa voz prepotente ahora había una sibilante respiración. Las mejillas de un tremendo rojo vivo, la piel se erupcionaba con una velocidad impresionante, y sus ojos comenzaban a hincharse mientras lloraban como se llora un amor perdido. Almendra se preguntó si ese llanto era bronca o miedo. ¿Quizás un poquito de ambos?

Sus manos se ajustaban al anillo regordete donde solía estar su cuello, tirando de la remera, apretando y luego soltando. Nuestra señora podía ver como las uñas se hundían en la carne, marcando la piel enrojecida por un ardor incontrollable.

Continuará...